

Novela Popular Cinematográfica

Año I
Núm 2

EL SELLO
DE CARDÍ



25 céntimos

Revista Semanal

El sello de Cardí

I

En Sicilia, la joya del Mediterráneo. En esa región, una de las más pintorescas del mundo; donde las pasiones y los instintos tienen aún matices primitivos; donde aun viven las gentes como se vivió, en todo el mundo, en épocas que ya pasaron a la historia; donde se conservan, vivas, costumbres de tiempos medievales; donde, por el clima, principalmente, los hombres arden en pasiones violentas; donde se guardan, en fin, de generación en generación, las ideas de venganza, doblemente fuertes, profundas e intensas, cuando el motivo por qué persiste el deseo vengativo, se asienta en un crimen para el que no hubo causas, para el que no se encuentra satisfactoria explicación.

Los edificios, los habitantes, los paisajes, todo lo más característico de Sicilia, tiene, en verdad, encantos singulares, aun en medio de las tragedias que allí constantemente se desarrollan.

Región de leyendas, de supersticiones, de crímenes terribles, de venganzas espantosas, de bandidos, de vida fuertemente instintiva, de costumbres que, al estudiarlas, se conoce, de modo indudable, una fase de las más importantes porque ha pasado la humanidad entera.

Cuando por una u otra causa no reina en Sicilia el terror, en las épocas, no muy largas jamás, de calma, la vida ofrece allí las delicias más refinadas. Aires sanos, sol acariciador, perfumes,

el mar Mediterráneo, tan bello siempre en todo lugar y ocasión... Y además, la delicia de presenciar el espectáculo de sus mujeres, tan bellas, tan adorosas, tan pasionales, tan capaces, cuando están, de los más extraordinarios sacrificios.

Pero en la época en que tienen lugar los sucesos que aquí van a relatar, Sicilia no convida a permanecer en su territorio por mucho tiempo. Desde hace ya algunos años, todos sus habitantes viven en la isla pintoresca y soleada, bajo un terror constante, dominados por una banda de malhechores que cada día cometen, impunemente, alguna feroz hazaña. Y temen, sobre todo, al jefe misterioso de esta banda, que se llama, según los documentos amenazadores que envía a sus víctimas antes de sacrificarlas, Belisario Cardí.

Los pliegos manuscritos, como los sobres en que son enviados, llevan, en efecto, sobre lacre, la marca de un sello diminuto, de los que se usan para anillos, con ese nombre, terror de toda la isla.

Casi diariamente son expedidos pliegos amenazadores, avisando a las personas sobre las que van a caer los malhechores, de lo que piensan realizar contra ellas, bien sea contra sus vidas, o bien contra sus haciendas.

Un día, el jefe de la banda, el llamado Belisario Cardí, escribe dos de estos pliegos. Se encuentran, rodeado de sus compañeros, en una casa de aspecto lugubre y sombrío. Ambos pliegos, sellados, sellados también sobre el lacre los sobres, van dirigidos a dos personas de las más conocidas en Sicilia. El uno es para el conde Martinello; el otro para su excelencia la condesa Margarita del Ferro.

Son estos dos jóvenes que están en vísperas de casarse, verdaderamente enamorados. La con-

desa Margarita es una de las mujeres más bellas de Sicilia. Alta, esbeltísima, de una elegancia natural; en su rostro, de una perfección rara, brillan unos ojos negros, hermosos, extraordinariamente espantadores. Dos ojos en los que se reflejan, de modo acabado, todas las características peculiares del alma siciliana.

Margarita vive en un hermoso, suntuoso, regio castillo, que heredó de sus antepasados. El castillo está rodeado de un jardín señorial, donde abundan los árboles seculares, las flores exóticas, los lagos, los pequeños parques, los paseos sombríos y poéticos. Jardín y castillo forman, en verdad, un digno estuche para la joya que es su dueña.

Faltan dos días para que se celebre su matrimonio con el conde Martinello y se encuentra en uno de los salones, preparando trajes y galas para su boda. La acompaña Lucrecia, su doncella, con la que charla largamente de lo que deben disponer para la ceremonia próxima.

De pronto, cae a los pies de la doncella un paquete. Esta lo recoge del suelo y lo entrega a su señora. Es uno de los pliegos de Belisario Cardí, acompañado de un regalo para la condesa. El pliego dice solamente: «Cardí le envía este presente. El conde Martinello, a quien yo, Cardí, considero mi enemigo, no se casará jamás con usted, la más bella de las rosas de Sicilia.»

La doncella, que ya sabe que hace tiempo viene su señora recibiendo mensajes del jefe de los malhechores, aconseja a su señora que diga a su prometido, el conde, lo que ocurre. Pero Margarita se niega a ello. Nada quiere decir al conde de todo aquello. No tiene miedo a Cardí. Le juzga demasiado cobarde para darse a conocer personalmente para una lucha con su prometido.

¡Infeliz! Ignora que los malhechores del tipo

de Cardí, precisamente porque son cobardes, matan siempre por la espalda.

A la mañana siguiente llega al castillo de su amada el conde de Martinello, dispuesto a fijar los últimos detalles para el matrimonio. Le acompaña uno de sus más fieles servidores, que es el padre de Lucrecia, la doncella de la condesa, y Marcia! Blake, un americano muy amigo suyo, y que ha hecho el viaje desde su país para asistir a la boda.

Blake, desde que ha conocido a Margarita, lucha poderosamente contra una irresistible pasión que ha nacido en él hacia la bella siciliana. ¡Se ha enamorado locamente de la prometida de su amigo!

La doncella se acerca a su padre y le comunica la amenaza de Cardí. Luego, percatándose del enamoramiento de Blake, se acerca a él y le dice: «Señor, aquí en Sicilia tenemos un proverbio: «El que se interpone entre el marido y la mujer es un ladrón... pero quien separa a dos novios es un asesino.»

Estando el conde sentado en un banco hablando con su amada, un muchacho se le acerca y le entrega el pliego de Cardí. Pero él se ríe de aquella amenaza.

Mientras lee el pliego, Blake se ha acercado a Margarita y en poco ha estado que no le declare su pasión. La condesa iba a darle una rosa, que luego, al percatarse del giro de las palabras del americano, ha dejado caer al suelo. Blake la recogió con cariño y la guarda en su cartera, emocionado.

Ha llegado la noche señalada para la boda, y en el castillo reinan la alegría y el optimismo. Bailan, al compás de una música popular, todos los campesinos del contorno. Arriba, en sus habi-

taciones, la condesa, ya vestida para la ceremonia, aguarda impaciente la llegada del novio.

Inútil es su espera. Cardí y sus compañeros han salido a su encuentro y tras corta lucha han quedado tendidos en tierra, muertos, el conde y su servidor, y magullado el americano. Este logra incorporarse y advierte que su amigo, como el servidor que los acompañaba, están muertos.

Tambaleándose, fatigado y deshecho por los golpes recibidos, se dirige hacia el castillo de la condesa.

Margarita, entretanto, hablando con Lucrecia, se extraña de la tardanza del conde. Angustia ya, ve, desde una ventana, cómo se acerca al castillo, sin jinete, un caballo, el de su amado. Baja rápida a las habitaciones donde los campesinos se divierten y llega a ellas al mismo tiempo que irrumpe también, por entre las parejas, el caballo. Antes de que empiece a explicarse qué podrá haber ocurrido, llega, más fatigado aún, Blake, el cual refiere penosamente lo que ha pasado.

La doncella de la condesa, conocedora del amor de Blake por Margarita, desconfía desde este momento del americano. Y acercándose a él le dice estas tremendas palabras: «Lo han matado... ¡y usted se atreve a presentarse aquí!» E insiste aún: «Su servidor, mi padre, ha muerto con él, y usted, su amigo, ¡vuelve vivo!...»

Margarita, rodeada por todos los campesinos, sube a la habitación donde se ha instalado el altar en el que había de celebrarse el matrimonio. Lloro, amargo y desconsoladamente, durante todo este tiempo. Desde que Blake explicó la muerte de su prometido, no ha cesado de llorar. Su rostro, tan bello, aparece contralido por un dolor profundo, intenso, casi insufrible.

Todas las gentes que la rodean profieren gritos

en los cuales la palabra venganza es la que más se repite; insistentemente, esta palabra suena aquí y allá, como única expresión de los sentimientos que dominan, avasalladores, en todos. Se ha acabado la alegría; ha terminado la fiesta; cesó la distracción. Sólo se piensa en que es necesario, imprescindible, vengarse.

Domina, más que en ningún otro, este sentimiento, en Lucrecia, la doncella de Margarita. Sus palabras son terribles, cargadas de pasión, instintivas, de una intensidad pavorosa como irrupción de tormenta en la que desencadenan los goces acumulados en la atmósfera.

Margarita, por propio pesar y dominada por el ambiente, dice que lavará con sangre la sangre vertida.

Y Lucrecia grita entonces: «Que preste juramento de venganza sobre el puñal del asesino.»

Inútil es que Blake, más humanitario, ruegue a la condesa que no jure tan bárbara venganza.

En Sicilia no valen tales consejos. Margarita, con alegría de cuantos la rodean, excepción hecha de Blake, se acerca al altar en que había de celebrarse su boda, y, besando ante el Cristo un puñal, exclama: «Adiós al amor y a la alegría de la vida... hasta que la sangre del asesino haya lavado la del inocente...»

II

Algún tiempo después, para hurlar las pesquisas de la policía, que al fin habían tomado, al parecer, en serio a Cardí y su banda, esta gente huyó a América. En la actualidad los encontramos en Nueva Orleans, puerto principal de la Luisiana, precisamente en donde nació y en donde vive Marcial Blake.

Durante los primeros tiempos de vivir aquí, hicieron una vida que podríamos llamar normal. Pero esto duró poco. Cardí y su banda se entregaron en seguida a sus acostumbradas y desalentadas fechorías. Volvieron a emprender iguales hazañas que las que habían llevado a cabo en Sicilia. Tan escandaloso ha llegado a ser ya lo que realizan, que el jefe de policía ha reclamado la ayuda de todos los notables de la villa para poner término a un lamentable período de terror. Los ha reunido con este fin y les dirige la palabra, explicando que un tal Belisario Cardí parece ser el alma de la criminal asociación. Luego les dice que, el señor Blake, que había estado en Sicilia cuando esta banda realizaba en aquella isla sus terribles crímenes, había facilitado informes muy interesantes.

Pero para proceder con el mayor acierto posible—añade—desearíamos saber la opinión de nuestro eminente amigo el conde de Módena, y también reclamamos el parecer de César Maruffi, presidente de la Banca Italo-Americana.

El conde de Módena, en su calidad de italiano, condena los crímenes de aquellos bandidos. Después asegura que, a su parecer, Belisario Cardí no existe, que este nombre no es más que un mito.

Habla, en seguida, César Maruffi, afirmando que, exista o no exista Cardí, debe procurarse exterminar, sin pérdida de tiempo, tanto al que se oculte tras de tal nombre, como a todos los de su banda.

Heos aquí ahora en la morada de los Drew, vieja familia que, si hoy atraviesa una vida relativamente modesta, ha conocido días mejores. El último vástago de esta familia, es Mary Nell, una linda y encantadora muchacha, a quien no le queda más que un tío, Bernardo Drew, el cual se des-

vive por conquistar, para su sobrina, un porvenir económico seguro.

Hoy es el cumpleaños de la linda muchacha y se está preparando, para la noche, una fiesta espléndida. En este momento entra la criada con una caja de dulces y una tarjeta de felicitación. Es Marcial Blake quien la envía. Precisamente es en Marcial Blake en quien más constantemente piensa el tío de Mary Nell, deseando casar con él a su sobrina.

Blake posee en las afueras de la ciudad una villa suntuosa. Ninguna comodidad falta en su vivienda; tampoco ningún lujo. Tiene un jardín extenso y bien cuidado, y tiene, sobre todo, una magnífica biblioteca, en la cual pasa gran parte de su vida.

En la sala en que ésta se encuentra, se halla ahora, acompañado por César Maruffi, con el que habla de cosas indiferentes.

El italiano elogia la morada de su amigo Blake y acaba diciéndole que sólo le falta una cosa, un importante detalle: «Una amante y cariñosa dueña de casa.»

Antes de que pueda contestar a esta apreciación del italiano, llaman al teléfono. Es Mary Nell que le invita a la fiesta de su cumpleaños. Blake acepta complacido, y Maruffi, que escucha la conversación, se ríe maliciosamente, como dando a entender que ya está allí la dueña de casa de que hablaba. Pero Blake le asegura que no tienen fundamento sus sospechas; que él no está enamorado, ni mucho menos, de Mary Nell.

—Yo sí—contesta el italiano;—yo estoy francamente enamorado de una mujer ideal. En la fiesta del cumpleaños de Mary Nell, esta noche, conocerá usted a esa mujer que reina en mi corazón. Le aseguro que es una belleza excepcional.

Viene a truncar esta conversación el criado anunciando la visita del jefe de policía, el cual entra y dice, dirigiéndose a Blake:

—Ya sé que fué usted testigo presencial del asesinato del conde Martinello en Sicilia, hace cinco años. Vengo, pues, a reclamar su ayuda contra los autores de aquel hecho, contra la banda de Cardi que, como sabe, campa ahora aquí en nuestra ciudad. Vea usted esta carta que he recibido: «El descargador del muelle Víctor Sabella no es otro que Juan Naccione, cuya captura ha ordenado el Gobierno italiano por supuesta complicidad en el asesinato del conde de Martinello. Marcial Blake podría identificar a aquel individuo.—*Uno que lo sabe.*» Esta noche le espero, por lo tanto, en el muelle, nos encontraremos allí y, una vez conseguida la identificación de Sabella, procederé a su detención.

Apenas terminó de hablar el jefe de policía y antes que Blake diera su conformidad, César Maruffi le dijo:

—¡Eh, cuidado, querido amigo! Si usted se presta a semejante maniobra, tarde o temprano será víctima de Cardi.

Después, ante una aseveración del policía, referente a que Blake estaría desde aquel momento bajo la protección de la autoridad, Maruffi afirmó:

—No importa. Yo hablo como uno que lo sabe...

Salí, despidiéndose, y quedan en la estancia Blake y el policía. Este, recordando las últimas palabras de Maruffi, habla de que ha recibido gran número de cartas, como la que antes mostró, firmadas por *uno que lo sabe* y todas las informaciones enviadas por ese desconocido siempre resultaban exactas. Luego, como si se preguntara a sí mismo, exclama:

—¿Será tal vez Maruffi?...

Llegó la noche y con ella la fiesta del cumpleaños de Mary Nell. Aquí están, divirtiéndose, alegres y contentos, todos los amigos y admiradores de la joven, de los cuales, por ser delicioso y terriblemente celoso, ella prefiere al conde de Módena.

Blake, aunque visiblemente preocupado, también se divierte. De pronto, ve entrar en el salón a César Maruffi, acompañado de una bellísima mujer, a la que reconoce: es la condesa Margarita. Va hacia ellos, y Maruffi se la presenta:

—La señorita Victoria Fabrizzo, mi compatriota.

Un momento después, Blake y Margarita, apartados de Maruffi, hablan. Blake pregunta a la bella siciliana desde cuándo vive en Nueva Orleans, qué hace allí, por qué se ha cambiado el nombre. Y ella le contesta que habita en esa ciudad desde hace un año, que se ha consagrado a la misión de velar por sus compatriotas más pobres y desgraciados y que se ha cambiado el nombre a fin de escapar a las etiquetas que exigen las obligaciones mundanas.

Blake siente cómo renace en él un amor que creía olvidado: y asiste a la aparición, en su memoria, de un mundo de recuerdos, todos ellos referentes a las ilusiones que se había forjado referentes a aquella bellísima mujer con quien ahora hablaba. Como rechazando algún recuerdo penoso, contrae su rostro. Luego, cuenta a Margarita que un año antes había él vuelto a Sicilia con objeto de verla y allí le dijeron que había desaparecido. Después, amorosamente le dice en voz baja:

—Créame usted, Margarita. Su recuerdo ha quedado grabado de tal modo, con tanta intensidad en

mi corazón, que ni un momento, desde que la conocí, he logrado olvidarla.

Luego se despide de ella. Ha llegado la hora en que ha de acudir a la cita con el jefe de policía. Pero le sale al paso, abrazándole, para dar celos al conde de Módena, Mary Nell. Y cuando la joven dueña de la casa le tiene abrazado, les sorprende precisamente su tío, para quien Blake era el marido ideal. Creyendo realizado su sueño, triunfa en la sala donde se hallan los invitados, exclamando alegremente palabras extrañas, de un contento y de una satisfacción realmente sorprendente. Para él, y así lo dice, Blake y su sobrina están enamorados, y el haber hecho este descubrimiento, es para él una cosa que le hace feliz, que le obliga a comunicar a todos que aquél es uno de los mejores días de su vida. Cuando ha dicho todo esto, de un modo inconexo y sin saber completamente lo que decía, sale de nuevo en busca de los dos jóvenes y les trae, empujándoles, a la sala. Blake, no sabiendo qué decir, se presta a aquella farsa. Confía en encontrar después el medio de salir de ello.

El conde de Módena está enfadado hasta un grado extremo, no obstante haberle dicho Mary Nell, al pasar junto a él, que no se inquietara.

La condesa Margarita, sin duda la más sorprendida, ha dirigido una mirada penetrante a Blake, una mirada en la que iban un sin fin de interrogaciones.

Pero Blake no se ha percatado de ello. Está impaciente por que ya es la hora en que debía encontrarse en el muelle. Al fin, logra desprenderse de cuanto le rodea y sale escapado. Mary Nell le acompaña y le abraza nuevamente. Ya está fuera. Ya parte. Mary Nell le sigue aún, sin que él se persalte de ello. Entonces ella, viendo que Blake

no la ha visto, torna a entrar en la casa con un gesto si es no es de pena. El rostro vivaz, alegre, sin sombra alguna de sufrimiento de la joven, ha sufrido una breve, rápida transformación. Blake la maravilla, eso es todo. Quizás no la ame, pero le admira. Es probable, que ame más al conde de Módena, pero Blake despierta en ella una clase de sentimiento, de una intimidad y de una profundidad, que a ella misma la asombra. Porque ella, en verdad, no tenía conocimiento de aquella parte de su alma que se ha despertado ante Blake. Por esto pasa una nube de pena por sus ojos, por su rostro entero al ver que Blake no se ha dado cuenta de que ella le seguía.

Blake llega al muelle, donde ya le esperan. Reconoce, en efecto, al individuo, y en seguida, el jefe de policía, con sus inferiores, procede a su detención. La cual no es cosa fácil. Juan Narcone y todos sus compañeros la emprenden contra los representantes de la autoridad. Una lucha formidable se emprende. Y de no llegar a tiempo refuerzos policíacos, Blake y sus acompañantes lo habrían pasado bastante mal.

Al fin, Narcone queda detenido. El jefe de policía le dice que no le queda más que una salvación: decir quién es Belisario Cardí. Pero Narcone se ríe, se ríe largamente de la inocente curiosidad del policía...

III

A la mañana siguiente, los periódicos relatan, con todo lujo de detalles, el emocionante afreito de la víspera, y el papel importante que en la lucha había representado Blake. Margarita, en su morada, lee la prensa y, a pesar del incidente que se había producido la noche anterior, en la fiesta de

Mary Nell (como consecuencia de la caprichosa interpretación dada por el tío de esta joven a un suceso en el que Blake, en verdad, no intervino por voluntad propia), experimentaba por Blake una gran admiración, ahora mezclada de gratitud por su intervención en este asunto que la prensa relataba.

Pero su doncella, a quien habló del caso, no fué del mismo parecer. No se explicaba que su señora tomara al americano por un héroe. Consideraba que, con toda la policía a su lado para protegerle, cualquiera habría hecho lo mismo que él.

Margarita no escuchó estas razones: sigue creyendo que gracias a Blake se ha podido prender a aquel individuo de la banda de Cardí. E invita a Blake para que le haga una visita. Cuando éste recibe la invitación, siente renacer en su corazón la esperanza, y vuelve a trazarse planes, y torna a soñar.

Parte en seguida hacia el domicilio de la condesa. Le recibe Lucrecia, la doncella, con gesto duro, y ante una pregunta del joven, acerca de si se acuerda de él, oye que ésta le contesta que «una siciliana no olvida jamás».

En efecto; Lucrecia no ha olvidado a Blake, ni ha podido, en todo el tiempo transcurrido, desechar las dudas referentes al americano. El hecho de que de los tres viajeros, el conde, su padre y Blake, sólo éste quedara vivo, hizo nacer en ella profundas sospechas que perduran aún. De aquí el frío, el duro recibimiento que tiene para el joven. Es una siciliana del pueblo, en la que el instinto de venganza es más fuerte, más perdurable.

Pero Margarita recibe a Blake con un gesto amable, cariñoso, y el joven se siente feliz. Emprenden una conversación en la cual Margarita pone todas sus admiraciones hacia el hecho del

día anterior realizado por Blake. Y luego, —¿quizá un poco celosa?— le asegura que Mary Nell puede estar satisfecha de su heroísmo y de su decisión. Blake, al principio, hace como que no oye estas apreciaciones. Luego saca su cartera y de ella la rosa que Margarita le entregó en Sicilia.

Margarita le pregunta, insistiendo, si Mary Nell no se sentirá agraviada por su devoción a aquella flor ya tan mustia.

Entonces ya no puede Blake reñir hablar de aquella joven y dice:

—Mary Nell es una muchacha ingenua, que desconoce aún todas las solemnes obligaciones sociales... Además, ni ella me ama, ni yo la amo tampoco; puede creerlo.

Lucrecia les ha dejado solos. Va hacia la habitación donde se encuentra el Cristo sobre el que juraron vengarse, y reza, fervorosa, reavivando sus deseos de que la venganza sea cumplida.

Blake ruega a Margarita que le dé autorización para venir a verla con frecuencia, prohibiendo no hablarle de su amor.

Llaman a la puerta. Es César Maruffi. Todas las durezas de Lucrecia para Blake, se tornan dulzuras y atenciones para el italiano. Un ramo de flores que Blake había traído y que Lucrecia colocó en un jarrón artístico, por orden de su señora, son arrojadas al suelo por la doncella, con desprecio, para poner en su lugar otro ramo que Maruffi trae.

Maruffi saluda, con atención visiblemente forzada a Blake y, acercándose a Margarita, con palabras excesivamente galantes, le besa la mano que ésta le tiende.

Blake se encuentra violento y se despide. Lucrecia goza, calladamente ante lo que sucede. Margarita se ve que sufre.

Un ambiente de misterio se advierte en toda esta escena. Todos, unos por una causa, otros por otra, están disgustados, inquietos. Tormentos diversos los atenazan. Cada uno sufre por un motivo, desconocido de los demás. Se respira una atmósfera de violencia, cargada de pasiones extrañas. Juguetes cada uno de su destino, representan su papel, dejando ver, perfectamente la hilaza de sus intimidades. Sólo Maruffi es impenetrable. No sabemos quién es este individuo, ni lo que piensa, ni lo que se propone. Tampoco él, cuyo rostro es frío e impenetrable, deja ver rastro alguno de lo que ocurre en su alma. En los otros personajes sí advertimos sus luchas íntimas. Margarita empieza a amar a Blake. Éste le ama a ella desde que la conoció, y ahora su amor va aumentando cada vez más. Lucrecia está dominada por la sed de venganza.

Pero de Maruffi nada sabemos. ¿Quién es? ¿Qué intenciones son las suyas?

Entretanto, el Gobierno italiano ha enviado un agente para recoger a Narcone. Pero éste, para impedir la extradición, impugna las acusaciones que sobre él pesan.

Se celebra, por lo tanto, un juicio. Todos nuestros conocidos y un público numeroso asisten a él. Cuando apenas ha empezado, el jefe de policía recibe una carta concebida en la siguiente forma:

«El sed no podrá aclarar satisfactoriamente el asunto Narcone, y su vida se encuentra en peligro. Muchos testigos intentarán establecer una coartada, probando con ella que el acusado vivía en Kangas City en el momento del asesinato.»

La carta estaba firmada como las demás: *Uano que lo sabe*.

En efecto, muchos testigos afirman lo que esta carta previene. Y, como consecuencia, Nar-

cone no podía ser acusado seriamente. Hay un testigo, para más seguridad, que afirma que el acusado estaba alojado en su casa en aquella fecha.

Ante esto, Blake pide la palabra. Y aunque ello no es legal, y así lo dice el Procurador, en gracia a su significación en el proceso, se le permite hablar.

Blake pronuncia un discurso de tonos enérgicos. Asegura que Narcone fué uno de los asesinos del conde de Martinello. Habla de la carta amenazadora que acababa de recibir el jefe de policía. Trata de cobardía a aquél que firma *Uno que lo sabe*, el cual, si se encuentra allí, está obligado a decir cuanto sepa de todo aquello. Continúa exponiendo razonamientos, pero todo inútilmente. Solamente él, al final, es el único testigo acusador; todos los demás declaran en favor del procesado, y éste, por lo tanto, es puesto en libertad, no obstante advertirse en la sala que, desde el Presidente hasta el más insignificante testigo, todos, en absoluto, están plenamente convencidos de la culpabilidad de Narcone y de la veracidad de las palabras pronunciadas por Blake.

La influencia de los pliegos y cartas, llegados a poder de cuantos declaran, con el sello de Cardí, es bien patente. En efecto, el sello de Cardí, y nada más que él, es quien manda y ordena la libertad de este hombre. No se han visto, en verdad, estas cartas, sólo conocemos la recibida por el jefe de policía, pero la actitud de cuantos testigos desfilan, sus palabras, sus gestos, sus rotundas afirmaciones, no dejan lugar a la menor duda. El sello de Cardí es quien les dicta lo que dicen y aseveran.

Únicamente la voz de Blake se ha alzado, amenazadora, acusadora. Pero no ha tenido apenas resonancia. Su discurso le ha ganado las simpatías

del público, que le escuchaba con atención sostenida, pero nada más. Y de entre el público, mientras hablaba, había en él fijas dos miradas femeninas; dos miradas que le enviaban, sin él saberlo, la expresión de caras y delicadas afecciones.



Una de estas miradas, la de Margarita, era de cariño, de amor naciente; de gratitud y de reconocimiento, por otra parte, por las palabras condenatorias, que iba pronunciando, contra los asesinos de su prometido. La otra mirada, la de Mary Nell, era de simpatía, de entusiasmo, de admiración creciente y acendrada. Tan claros se veían estos sentimientos en sus ojos, en su rostro entero, que su adarador encontró en ello nuevo motivo para sus celos. Pero Mary Nell no le atendía. Parecía, más bien, gozarse en atormentar de este modo al conde de Modena. Más tarde, en un rasgo de genialidad, Mary Nell dijo al conde que debía desafiar a Blake y, una vez realizado el duelo, raptarla a ella. En

verdad esta muchacha es asombrosa y se le ocurren cosas extraordinarias.

Hay en el fondo de esa genialidad, de ese deseo de un desafío, algo extraño. Mary sabe que Blake no la ama y que, por lo tanto, no la amenaza ningún peligro a romper sus relaciones, por esta causa, con el conde Módana. Pero ella, que tampoco ama a Blake, pero que sí le admira, que cada día le admira más, teme huir tras él, sin amarlo, en cuanto le diga una palabra en este sentido; está segura de que huiría y no quiere huir, porque a quien ella ama es al conde. Y en esta lucha que tiene lugar entre sus encontrados y diversos sentimientos, no sabe qué pensar, ni qué hacer, ni qué decir. Por esto, se le ha ocurrido la idea de un desafío. En efecto, ella piensa que un duelo entre los dos hombres, de los cuales a uno ama y a otro admira, aclarará su situación.

Y no quiere que a ninguno de ellos le ocurra ningún mal. Y no desea que, por su causa, alguno pueda sufrir dolores físicos. Y es ella, tan frágil, tan alegre y tan vivarachita la que se está atormentando con sus propios pensamientos.

Puesto ya en libertad Narcone, el público empieza a desfilar. Blake recibe felicitaciones, entre ellas una que deja en su alma una grata satisfacción. Es una felicitación cordial de Margarita. Pero cuando Blake se dispone a contestarle y quien sabe si a decirle alguna cosa más íntima y sentida, llega César Maruffi que lo impide.

Entre el público se ha rumoreado que acaso haya sido al mismo Cardí a quien se ha libertado. Pero ni Blake ni Margarita lo creen así. Maruffi les dice además, que él, como otros sicilianos, tiene la impresión de que Cardí debe ser una persona más fina, más distinguida que aquel desgraciado Narcone.

Y con esto se despiden. Sale Margarita del brazo de Maruffi y Blake queda solo en la amplia sala. Pero al ir a salir se encuentra al conde de Módana y a Mary Nell que, en un rincón apartado, se abrazan cariñosamente. Blake les felicita diciéndoles que aquello hace ya mucho tiempo que debían haberlo hecho. Estas palabras acababan con los celos del conde. Se abrazan los tres, alegres, contentos, riendo y salen juntos.

Blake, cuando se ha despedido de sus acompañantes, se dirige, muy preocupado, a su domicilio. Llega, entra en su sala biblioteca, desde cuyas ventanas se ve el admirable jardín, y se sienta, ensimismado, junto a su mesa de despacho.

Una multitud de pensamientos contradictorios le asaltan y le atormentan. Su amor por Margarita va creciendo cada día más y ya no vive para ninguna otra cosa que no sea para amar a Margarita, la bellísima, la sensible, la admirable joven siciliana. Su pensamiento vuela constantemente hacia ella y quisiera, con toda su alma, que se aclarara todo lo referente a Cardí, que se castigara a este criminal y a su banda, para que, al propio tiempo que se cumpliera la justicia humana, quedara libre Margarita de su juramento de venganza. Porque estando ella libre de aquel juramento absurdo, él podría entonces hablarle de amor. Y, sin duda, se amarían. Él estaba ya casi seguro de que la joven le amaba. Había visto sus atenciones para él, sus miradas plenas de promesas, sus gestos cariñosos; toda ella, que renacía nuevamente al amor, parecía en algunas ocasiones, invitarle a hablar, a decir cuanto pensaba.

Sabía, no obstante, que aun cuando la joven le amara, no tendría realización su sueño, mientras el asunto Cardí no hubiera tenido su fin.

Los juramentos sicilianos, si no se realizan, vi-

ven tanto como dure la vida del que juró. Son una segunda naturaleza de las personas. Son simplemente eternos. Mientras no se lleva a cabo la venganza jurada, si se prometió renunciar al amor, la renuncia es absoluta. He aquí, pues, que, aunque Margarita le amara, en tanto su venganza del asesinato del conde Martinello no se hubiera realizado, este amor sería como si no existiera. Era, pues, preciso descubrir y acabar de una forma u otra con Belisario Cardí y su banda. Pero, ¿cómo?

La imposibilidad de obrar rápidamente contra aquellos malhechores le desesperaba.

Pensaba en emprender, en seguida, una activa persecución contra aquellos enemigos de Margarita, que ahora lo eran también suyos, puesto que se interponían en el camino de su felicidad. Y, entretanto que planeaba lo que hubiera de hacer, dominado por otros pensamientos, cogió papel y pluma y escribió una breve, sentida carta de amor para Margarita.

Aquella misiva ardorosa, henchida de cariño, hablaba de la delicia de los momentos pasados junto a ella, de la esperanza de ser amado y de la seguridad de su amor de él, ferviente y cada día más intenso. Terminaba llamando a Margarita: «Mi rosa de Sicilia.»

Cuando hubo terminado de escribir se puso en pie. Dejó la carta sobre la mesa. Sacó la cartera en que guardaba la rosa que Margarita le entregó ya hacía tanto tiempo y, ya con aquella rosa marchita en las manos, comenzó, quizá un poco delirante, a besarla.

Eran besos fervorosos, llenos de unción y de cariño. Parecía besar una reliquia. Tan ensimismado se encontraba el joven, con la rosa entre sus manos, que no oyó ciertos ruidos provenientes del jardín. En el cual, en efecto, acechaba un hom-

bre; Narcone. Había atravesado, escondiéndose aquí y allá, todo el jardín del hotelito de Blake. Por fin llegó junto a las paredes del edificio. Helo aquí que se encarama por las rejillas de las ventanas; helo ya junto al balcón de la sala en donde Blake se encuentra. Ved cómo levanta con sus dedos, francamente, las mirillas de la persiana, que estaban hacia abajo; ved cómo por una de las mirillas, la que está a la altura de la cabeza del joven dueño de la casa, mete el cañón de una pistola. Ved cómo apunta ya. Narcone va a vengarse de las acusaciones de Blake. Vuella, por el ambiente, la idea de la muerte. Blake, que está de espaldas al balcón, besando una vez y otra la rosa, recuerda de la mujer a quien tanto ama, va a morir. Es claro que va a morir.

Narcone dispara. Pero he aquí que aquella rosa, causa del ensimismamiento de Blake, es también la causa de que no muera. Unas hojas, destrozadas, han caído al suelo. Y al ir a recogerlas, es cuando Narcone ha disparado. El tiro fué a clavarse en la estera de un reloj. Blake se da cuenta de que la rosa ha sido quien le ha salvado. Se acerca al balcón, pero ya no hay nadie, ni rastro de que nadie haya estado allí. Narcone ha huido, como entró, escondiéndose aquí y allá. Y va seguro de que Blake ha muerto. Lleva en sus labios una sonrisa en la que se advierte, al mismo tiempo que su crueldad, la satisfacción plena por la muerte que cree haber realizado.

IV

Heos ahora en la casa de Margarita. La joven, bastante preocupada, está acompañada, con visible contento de su doncella Lucrecia, por el siciliano César Maruffi. Lucrecia, siempre les deja solos. Ahora también. Y Maruffi habla a Margarita de amor, le besa las manos, intenta abrazarla. Se ve que quiere hoy recibir una contestación definitiva a sus pretensiones. Y asedia a Margarita con palabras, con gestos, con expresiones verdaderamente sorprendentes.

En último extremo, quizá para probar hasta qué punto pueda contar con el cariño—así lo cree él—de Margarita, le asegura que al día siguiente ha de partir para Europa, y que ella, si en verdad le quiere, debe seguirle en este viaje, porque él no tiene voluntad suficiente para participárselo, sin su compañía; afirma que no puede abandonarla, que la ama, y que tiene que emprender, sin demora aquel viaje. Está, pues, en un conflicto, cuya solución, la única, es que ella le acompañe.

En la actitud de Margarita, desde que la hemos encontrado en América, hay encerrado, se advierte claramente, un profundo misterio. No cabe duda que, de todos los hombres que la rodean, el único al que prefiere y al que ya ama, es a Blake. Inútil es que pretenda ocultar su amor por el joven americano. Sus miradas y sus palabras la descubren. Sin embargo de esto, tiene complacencias extrañas para Maruffi. En los primeros días, podría creerse que estaba quizá enamorada del siciliano. Pero ahora ya no es posible pensar esto. Se advierte que

fiinge con él muchas cosas; se advierte, en otras ocasiones, que le soporta penosamente.

Es verdad que, en diversas circunstancias, cuando se ha visto en compañía de Maruffi y de Blake, casi siempre se ha marchado acompañando a Maruffi, dejando solo al americano. Y si las primeras veces era difícil averiguar el porqué de esta pre-



ferencia, dejando margen para que se creyera en un enamoramiento, ahora ya no es posible sospechar tal probabilidad, pues que es claro que de los dos prefiere a Blake y se haría acompañar con mayor satisfacción por este que no por el siciliano. Y, sin embargo, Blake sigue quedando abandonado y Maruffi tiene el privilegio, con más frecuencia, de la compañía de la bella muchacha. ¿Qué profundo misterio se oculta tras de este comportamiento de la siciliana?

Hasta ahora habíamos advertido algo anormal

en la actitud de la, ya enamorada, de Blake, pero hoy, ante la insistencia de Maruffi para que le acompañe en su viaje a Europa, se ha hecho más visible la repugnancia oculta que Margarita tiene para su compatriota. El profundo misterio se hace más patente. ¿Qué planes son los que tiene Margarita respecto a Maruffi?

Se ve que la joven domina su fuerte, su juvenil repugnancia y que apenas logra escuchar serenamente las palabras del siciliano. Pero se ve también que no quiere que se descubra lo que se encierra en su alma. Y se ve, asimismo, que tiene la partida de Maruffi, o más bien, que no la desea.

Una lucha terrible se está desarrollando en lo íntimo de la conciencia de la joven. Su rostro sufre infinitas y multiformes transformaciones, casi todas dolorosas.

Tiembra, como un arbolillo en día de vendaval. Maruffi, poco psicólogo, achaca a frío aquellos temblores de su interlocutora. Se separa de ella, busca algo con que abrirla y vuelve, para echar sobre los hombros desnudos de la muchacha, un amplio abrigo. Ella, preocupada, atormentada, le deja hacer. Está de espaldas a él, metida en sí misma. Maruffi se aprovecha de la situación. Coloca el abrigo sobre el cuerpo tembloroso de la joven, que está de pie, y la abraza fuertemente. Como ella está de espaldas, los brazos de él, al aprisionarla, se han cruzado sobre su pecho, junto al rostro, en el que hay una profunda impresión de asco. Pronto se rehace y se defiende. Sus ojos bajan hasta las manos de él para ver si al fin se desenlazan. Y entonces ve, claramente, colocado en uno de los dedos un sello diminuto, con un más diminuto aun letrero en el que se lee el nombre latídico: «Belisario Cardú».

La terrible impresión de la joven ante aquella

revelación, por una casualidad lograda, no es para describir. Da buena prueba de ella la contracción extraordinaria de toda su bella cara. Parece que va a gritar pero se contiene, dominando violentamente sus impulsos. Echa mano de toda su energía de mujer animada por un deseo largo tiempo acariciado, y, en segunda, renace en ella la calma, como si nada hubiera descubierto, como si aquel nombre, tanto tiempo buscado, no hubiera sido leído por ella en el sello fatal.

Consigue, al fin, desprenderse de los brazos de Maruffi. Luego, calmadamente, le habla de que para realizar un acto de tanta trascendencia como el que le supone, necesita meditar, reflexionar, quedarse sola para pensar en ello y poder así dar una respuesta.

Maruffi, confiado, accede. La cita en un café, para una hora después, pues que con ese tiempo ya tendrá ella suficiente para tomar una determinación, y sale, ignorando por completo lo que le amenaza.

Poco después de abandonar Maruffi la vivienda de Margarita, la joven, rápida, sin cuidarse apenas de su tocado, sale también. Va, sin perder momento a entrevistarse con Blake.

Maruffi se dirige al café donde habla citado a su compatriota. Se pone a jugar con algunos amigos, tranquilamente, sin ningún temor, casi seguro de que al cabo de una hora Margarita se presentaría, accediendo a lo que él le había propuesto.

Muchos grandes escritores han hablado de las particularidades de los más terribles criminales; y de la poca dificultad que habría para descubrirlos. Aseguran que hasta los más audaces siempre se confían demasiado en su buena estrella, dejando claros rastros de su persona por dondequiera que pasaran. Conocido es también, por descripciones

de esos mismos grandes escritores, el impulso profundo que obliga a ciertos criminales a recorrer con frecuencia los sitios en que realizaron sus crímenes. Les lleva allí, inconscientemente, quién sabe que deseos extraños. El caso es que van.

Ahora tenemos aquí este caso de Cardí. Lo único que se conoce de él es su sello. No se sabe quién es el hombre que se oculta tras el nombre de Belisario Cardí. Sólo se sabe que ese nombre está al frente de una banda de malhechores. Además, ese nombre nunca se ha visto escrito en ninguna parte. Sólo se conoce su marca impresa, el sello diminuto, casi imperceptible. Y he aquí que Maruffi, que no es otro que el jefe de la banda, de quien nadie sospecha, confiado, por esa especial particularidad de los terribles criminales, a la que hacen referencia los grandes escritores, no se desprende del sello en que está grabado el nombre criminal, única prueba palpable y evidente de la culpabilidad. Y lleva su sello, tranquilo, adonde quiera que va, casi siempre, en la mayoría de los casos, quizá siendo por olvido, si alguna vez no lo lleva puesto. La única prueba acusadora, en fin, va constantemente unida al criminal.

Ignorando, como hemos dicho, que había sido descubierto, jugaba, tranquilamente, con sus amigos. Y ahora esperaba ya, de un momento a otro, la llegada de Margarita.

Pero ésta estaba ya en el domicilio de Blake. Rápidamente le cuenta a su amigo su descubrimiento. Y éste, asombrado, no acierta, en su confusión, a hablar.

Pronto, sin embargo, se rehace. Se dirige en seguida al teléfono. Se pone al habla con la jefatura de policía. Pero le dicen que el jefe no vendrá hasta las ocho de la noche. Esto desliza cualquier combinación. Esperar hasta esa hora es perder el

tiempo y, por otra parte, quizá dar lugar a que Maruffi caiga en sospechas. ¿Qué hacer?

Margarita le cuenta entretanto el tormento de tantos días, aclarando por completo el misterio de su actitud. Sospechaba que Cardí era Maruffi, desde que lo conocía. Y aunque no tenía ninguna justificación para su sospecha, ésta se había arraigado en ella de un modo profundo. Y se había fingido enamorada de él para ver si así le hacía hablar; para ver si de este modo lograba que Maruffi tuviera alguna debilidad y confesara alguna cosa...

Hasta aquí todo fue en vano... Pero he aquí que hoy le visto en su mano el sello, la prueba definitiva.

Margarita sigue hablando y Blake la escucha ahora atentamente. Luego, el joven se levanta y sale para ordenar que preparen su coche. Quiere ir él mismo a buscar al jefe de policía. Mientras está fuera, Margarita, que está junto a la mesa, ve y lee la carta de amor que Blake había escrito para ella. Y se ve que está gozosa y contenta, no obstante sus preocupaciones de saber por aquel medio, de un modo cierto, que es tan amada.

Deja la carta y recorre con su mirada, acariciándolos con ella, todos los objetos de su amado, que la rodean. Y ve, en la pared, el reloj, cuya esfera está destrozada. Va luego al balcón y advierte que la cortina está, por una parte, levemente quemada. Se da cuenta de lo que ha ocurrido. Entra en este momento Blake, y ella le interroga.

El cuenta, desasosegado, lo ocurrido. Y con amor, cogiendo entre sus manos la flor marchita, dice a la bella joven que ha sido su rosa la que le ha salvado.

Va a tener lugar una escena de promesas de amor. Se percibe el deseo, en ambos jóvenes, de

abrazarse tiernamente. Se miran, con miradas que son caricias. No hablan, sin embargo. Es como si todas las promesas estuvieran fuera de lugar. Son, por otra parte, inútiles e innecesarias. Han dicho más sus ojos de lo que pudieran decir sus labios.

Pero están muy intranquilos. Blake habla al fin de su amor. Dice a Margarita que no debe tener ningún recelo por las locuras de Mary Nell, la cual va a casarse con el conde de Módena.

Y ella le contesta que no puede ni debe escucharle mientras Cardí esté en libertad.

Comprende Blake perfectamente las palabras de su amada. Se dispone a ir, rápidamente, en busca del jefe de policía, pues que con este objeto había mandado preparar su coche.

Van a salir cuando llega un aviso, breve y conciso. Sólo dice:

«Dometty, el jefe de policía, ha sido asesinado.»

Blake y Margarita se miran, sorprendidos.

—Yo mismo voy a hacer que se detenga a Cardí—dice Blake, saliendo.

Pero Margarita le acompaña.

—No me separaré de usted en tanto que hace esta gestión. Por otra parte, ya lo sabe, mi juramento lo exige.

Heos aquí en los alrededores del café donde Maruffi, es decir, Cardí, se encuentra. Van llegando hombres que se saludan, charlan brevemente y se separan. Son detectives, citados por Blake. Dentro del café, Maruffi sigue jugando. Ha entrado Narcone; Maruffi le mira y él tiene un gesto por el cual se advierte que le dice que Blake ya está despachado.

Mas un momento después, Blake entra en el café. Gran asombro, que no sabe disimularlo, se pinta en el rostro de Narcone. También se asombra Maruffi; pero éste lo disimula perfectamente.

Blake se acerca al siciliano y le dice:

—Queda usted detenido, Belisario Cardí.

Gran expectación. Maruffi toma a broma el asunto, y ríe y dice palabras que él supone graciosas. Los detectives se le acercan y entre ellos sale Maruffi del café. Narcone se le acerca y le coloca, sin que le vean, una pistola en uno de sus bolsillos. Se han ido reuniendo gran número de detectives y Blake, cuando ya cree que el prisionero está seguro, sube en su coche, donde le espera Margarita y parten en él hacia el domicilio de la joven. Una vez allí tiene principio el esperado idilio. Margarita ya puede amar. Su enemigo está en manos de la justicia. Ha quedado cumplida la venganza.

Las palabras de amor van a cesar para ser substituidas por los abrazos tiernos y cariñosos. Mas el idilio se interrumpe...

Al propio tiempo que los detectives, se habían reunido en los alrededores del café, avisados no se sabe por quién, todos los individuos de la banda de Cardí. Y se dispusieron a salvar a su jefe. La emprendieron sin tardar contra los detectives y contra el público que se había ido situando frente al café, atraído por lo que allí ocurría.

Desde un coche, dirigía la palabra a la multitud el conde de Módena, aconsejando que debía acabarse con aquella banda de malhechores.

Cardí y los suyos, ayezados a las luchas, pronto se deshicieron de sus enemigos, logrando huir. Sólo quedó en manos de la multitud Narcone, que fué amarrado a uno de los asientos del automóvil del conde de Módena. Este seguía hablando e invitando al público a perseguir a los que se habían escapado, especialmente al jefe, al terrible Cardí.

Una antichedumbre, cada vez más numerosa, le aplaudía y se preparaba para llevar a cabo los planes más descabellados.

Entretanto, Cardi, escondiéndose, se había alejado. Estaba ya cerca de la morada de Margarita. Llegó a ella al fin. Entró. Fue cuando se interrumpió el naciente idilio de Blake y la bella siciliana.

Blake se puso en guardia. Salio al encuentro de su enemigo, cerrando la puerta de la habitación en que éste había entrado y en la que entró él, para que ya no pudiera escaparse.

Y comenzó entre los dos una lucha sorda, terrible, inenarrable. Cardi disponía de la pistola que Narcone le había puesto en un bolsillo. Blake no tenía ningún arma. La lucha es, pues, desigual. Ruedan por el suelo uno y otra vez. Se levantan, vuelven a caer. Hay en los dos rostros contracciones violentas. Se ve que los nervios, como las cuerdas demasiado tirantes de una guitarra, están prontos a saltar, a romperse. Los músculos tienen contorsiones dolorosas. Y sobre mucho más en la lucha Blake, porque además de defenderse de su poderoso enemigo, tiene que procurar desviar la mano en que éste tiene la pistola, procurando al mismo tiempo arrebatársela. La lucha, visiblemente, no puede prolongarse. Uno u otro va a quedar, dentro de un instante, rendido. Y seguramente será Blake la víctima.

Margarita, sin poder entrar en la habitación en que la lucha se está desarrollando, asiste a ella angustiada. Sólo le llegan los ruidos, el jodear de los dos hombres. Su corazón palpita con una violencia extraordinaria; parece que se le va a salir del pecho.

De pronto suenan unos disparos y el ruido de un cuerpo que cae. Grita con desesperación y Lucrecia acude a su grito. La doncella se entera de lo que ocurre, sabe quien es Cardi, oye que está

allí dentro, luchando con Blake a quien quizá acaba de matar.

Hay en el rostro de la primitiva mujer una transformación súbita. Todos sus instintos y toda su educación siciliana de la venganza han tomado cuerpo en su mirada, en su gesto, en toda ella. Esto es un alma salvaje, fiera, sedienta de lo que ella llama justicia. Y reclama a gritos su derecho a la venganza. Corre toda la casa, llega hasta el altar en que se conserva el puñal sobre el que se hizo juramento, y se dispone a cumplir su destino.

La multitud que sigue al conde de Módena ha llegado ya rugiente, como el mar en día de tempestad.

Sus gritos, confundidos con el de Margarita, que pide socorro para su amado, y con el de Lucrecia que reclama venganza, forman un conjunto terrible.

Cardi, una vez descargada su pistola sobre el cuerpo de Blake, se dispone a salvarse. Logra abrir una de las puertas de la habitación en que se encuentra y, tambaleándose, sale a un pasillo. Abajo está la multitud que le espera, pronta a dar cuenta de él. Se para, con un objeto de defensa entre sus manos, sin saber qué hacer. Está apoyado contra la barandilla, indeciso. Lucrecia, que le busca, llega, y sin el menor temblor en sus manos, le clava, por entero el puñal. Y hay en su rostro algo como una luz poderosa que la iluminará...

La multitud se aleja, cabizbaja. Dentro de la casa, Margarita, ya al lado de Blake, le busca las heridas, disponiéndose a curarle.

Le cree, por un momento, muerto. Su rostro, tan bello, nimbado ahora por un dolor profundo, refleja las más delicadas e intensas emociones. Dirige al joven unas miradas tan amorosas, tan tier-

nas, que si él pudiera darse cuenta de ellas, moriría completamente feliz.

Pero no había llegado aún la hora de su muerte.

Cuando la siciliana, conmovida y doliente, invocó por su vida, advierte que el joven respira, que vive, que abre lentamente los ojos.

Le abraza entonces y le besa con toda su alma, levantando la cabeza del herido hasta su rostro, en el que hay ahora una alegría inmensa y algo que parece una luz.

Hay, en efecto, la luz del amor, que es una luz maravillosa.

FIN

En el próximo número publicaremos la interesante y sugestiva novela cinematográfica de resonante éxito

LA AGONIA DE LAS AGUILAS

TIP. COSTA.—BARCELONA

FIGURINES DE MODAS

Las más elegantes, las más prácticas, las preferidas por el público de buen gusto, son las siguientes:

Album de Bal	Anual	10' pts.
Blouses Artistiques	Temporada	5' — "
Blouse Ideal	"	2'50 "
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'50 "
Ideal Parisien	Mensual	3' — "
Joie des Modes de Paris	Temporada	4' — "
Mateaux et Costumes de		
Promenade	"	3' — "
Mode de Paris	"	3' — "
Mode Nationale	Mensual	1'25 "
New Ladies Fashions	10 veces año	6' — "
Patrons Favoris Dames	Temporada	3' — "
Patrons Favoris Ceremonies	"	5' — "
Patrons Favoris Blouses	"	5' — "
Patrons Favoris Enfants	"	5' — "
Patrons Favoris Lingerie	"	5' — "
Patrons Favoris Gentlemens		
Fashions	"	5' — "
Patrons Favoris Tailleur	"	5' — "
Patrons Favoris Travestis	Anual	5' — "
Paris Chic	Mensual	5' — "
Toilettes d'enfants	Temporada	2'50 "
Toilettes Modernes	"	2'25 "
Ultima elegancia	"	1'25 "
Tres chic	"	4' — "

Estos títulos no necesitan comentario; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero. — Descuentos convencionales a los señores correspondientes y libreros.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Mundial**, Barará, 15. Apartado 925 — Barcelona

Publicaciones Cinematográficas

Colección de 125 retratos-postales de los mejores artistas de la pantalla.

Cada postal fotográfica, 0'20 ptas. La colección completa, franco de portes, 22 ptas.

Magníficas ampliaciones artístico-fotográficas (24 x 30) de los «ases» del cine, a 1'25 ptas. ejemplar, franco de portes.

ARGUMENTOS - NOVELAS DE SERIES CINEMATOGRAFICAS

El hombre sin nombre.—Hermoso tomo en octavo grande, con ilustraciones; extensa lectura relatando en forma de novela la trama de tan interesante serie. Ejemplar, 1'50 ptas.

La hija de la ajusticiada.—Cautivante narración literaria en la que se describe un episodio de la vida íntima de Napoleón. 0'60 ptas. ejemplar.

El Doctor Mabuse.—Obra de intriga, cuyo asunto se desarrolla en la alta sociedad alemana. Lleno de interés hasta su epílogo, en que el bien triunfa de la maldad. 0'50 ptas. ejemplar.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Mundia**, Barbañ, 15. Apartado 025 — Barcelona